

James Joyce

Dos galanes

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **DOS GALANES**

**JAMES JOYCE**

**PUBLICADO: 1914**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

## DOS GALANES

La cálida y gris tarde de agosto había descendido sobre la ciudad y un aire suave y cálido, un recuerdo del verano, circulaba por las calles. Las calles, cerradas para el reposo del domingo, bullían con una multitud de colores alegres. Como perlas iluminadas, las lámparas brillaban desde la cima de sus altos postes sobre la textura viviente abajo, que, cambiando de forma y color sin cesar, enviaba al aire cálido y gris de la tarde un murmullo incesante e invariable.

Dos jóvenes bajaban la colina de Rutland Square. Uno de ellos estaba a punto de finalizar un largo monólogo. El otro, que caminaba al borde de la acera y a veces se veía obligado a pisar la carretera debido a la grosería de su compañero, llevaba una expresión divertida y atenta. Era rechoncho y rubicundo. Una gorra de yate se le había deslizado hacia atrás desde la frente y la narración que escuchaba provocaba constantes oleadas de expresión en su rostro, que se manifestaban en las comisuras de su nariz, ojos y boca. Pequeños chorros de risa sibilante salían uno tras otro de su cuerpo convulso. Sus ojos, chispeantes de astuto disfrute, miraban en cada momento hacia el rostro de su compañero. Una o dos veces, reacomodó el impermeable ligero que llevaba sobre un hombro al estilo de un torero. Sus pantalones, sus zapatos de goma blancos y su impermeable alegremente colgado expresaban juventud. Pero su figura caía en la rotundidad en la cintura, su cabello era escaso y gris y su rostro, cuando las oleadas de expresión pasaban sobre él, tenía un aspecto devastado.

Cuando estuvo completamente seguro de que la narración había terminado, se rió silenciosamente durante medio minuto. Luego dijo:

— ¡Bueno!... ¡Eso es el colmo!

Su voz parecía desprovista de vigor; y para reforzar sus palabras añadió con humor:

— ¡Eso es el colmo de los colmos, el único, y, si se me permite decirlo, el exquisito colmo!

Se puso serio y callado cuando dijo esto. Su lengua estaba cansada porque había estado hablando toda la tarde en un pub en Dorset Street. La mayoría de la gente consideraba a Lenehan un parásito, pero, a pesar de esta reputación, su destreza y elocuencia siempre habían impedido que sus amigos formaran cualquier política general en su contra. Tenía una manera valiente de acercarse a un grupo de ellos en un bar y de mantenerse ágilmente en los bordes de la compañía hasta que lo incluían en una ronda. Era un vagabundo deportivo armado con una vasta colección de historias, limericks y acertijos. Era insensible a todo tipo de descortesía. Nadie sabía cómo lograba la dura tarea de vivir, pero su nombre estaba vagamente asociado con las carreras de caballos.

— ¿Y dónde la encontraste, Corley? — preguntó.

Corley pasó rápidamente la lengua por su labio superior.

— Una noche, hombre — dijo —, iba por Dame Street y vi a una buena chica bajo el reloj de Waterhouse y le dije buenas noches, ya sabes. Así que fuimos a dar un paseo por el canal y me dijo que era sirvienta en una casa en Baggot Street. Esa noche le puse el brazo alrededor y la apreté un poco. Luego, el siguiente domingo, hombre, me encontré con ella por cita. Fuimos a Donnybrook y la llevé a un campo allí. Me dijo que solía salir con un lechero... Estuvo bien, hombre. Cada noche me traía cigarrillos y pagaba el tranvía de ida y vuelta. Y una noche me trajo dos puros realmente buenos... ya sabes, de los que solía fumar el viejo... Tenía miedo, hombre, de que quedara embarazada. Pero ella sabe cómo evitarlo.

— Quizás piensa que te casarás con ella — dijo Lenehan.

— Le dije que estaba sin trabajo — dijo Corley —. Le dije que estaba en Pim's. No sabe mi nombre. Tenía miedo de decirle eso. Pero piensa que soy de clase alta, ya sabes.

Lenehan rió de nuevo, silenciosamente.

—De todas las buenas historias que he oído —dijo—, esa es sin duda la mejor.

El paso de Corley reconoció el cumplido. El balanceo de su corpulento cuerpo hizo que su amigo ejecutara unos ligeros saltos desde la acera hacia la carretera y de vuelta. Corley era hijo de un inspector de policía y había heredado el físico y el andar de su padre. Caminaba con las manos a los lados, manteniéndose erguido y balanceando la cabeza de un lado a otro. Su cabeza era grande, globular y aceitosa; sudaba en todas las estaciones; y su gran sombrero redondo, colocado de lado, parecía una bombilla que hubiera crecido de otra. Siempre miraba directamente al frente como si estuviera en desfile y, cuando deseaba mirar a alguien en la calle, tenía que mover el cuerpo desde las caderas. En este momento estaba sin trabajo. Siempre que había un trabajo disponible, un amigo estaba listo para darle la pista. A menudo se le veía caminando con policías de paisano, hablando seriamente. Conocía el lado interno de todos los asuntos y le gustaba emitir juicios finales. Hablaba sin escuchar las palabras de sus compañeros. Su conversación trataba principalmente sobre sí mismo: lo que había dicho a tal persona y lo que tal persona le había dicho a él y lo que había dicho para resolver el asunto. Cuando informaba sobre estos diálogos, aspiraba la primera letra de su nombre al estilo de los florentinos.

Lenehan ofreció a su amigo un cigarrillo. Mientras los dos jóvenes caminaban entre la multitud, Corley ocasionalmente se volvía para sonreír a algunas de las chicas que pasaban, pero la mirada de Lenehan estaba fija en la gran luna pálida rodeada de un doble halo. Observaba con atención el paso de la tenue red de crepúsculo sobre su rostro. Finalmente, dijo:

—Bueno... dime, Corley, supongo que podrás lograrlo, ¿no?

Corley cerró un ojo expresivamente como respuesta.

—¿Está dispuesta para eso? —preguntó Lenehan con dudas—. Nunca se sabe con las mujeres.

—Está bien —dijo Corley—. Sé cómo manejarla, hombre. Está un poco enamorada de mí.

—Eres lo que yo llamo un galán —dijo Lenehan—. ¡Y del tipo correcto de galán!

Una sombra de burla aliviaba la servilidad de su tono. Para salvarse, tenía la costumbre de dejar su adulación abierta a la interpretación de la burla. Pero Corley no tenía una mente sutil.

—No hay nada como una buena sirvienta —afirmó—. Toma mi consejo.

—Por alguien que las ha probado todas —dijo Lenehan.

—Primero solía salir con chicas, ya sabes —dijo Corley, confesándose—; chicas del South Circular. Solía llevarlas en el tranvía a algún lugar y pagar el tranvía o llevarlas a una banda o a una obra de teatro o comprarles chocolate y dulces o algo por el estilo. Solía gastar dinero en ellas, claro que sí —añadió, en un tono convincente, como si fuera consciente de que no le creían.

Pero Lenehan podía creerlo bien; asintió gravemente.

—Conozco ese juego —dijo—, y es un juego de tontos.

—Y maldita sea, nunca saqué nada de eso —dijo Corley.

—Lo mismo aquí —dijo Lenehan.

—Solo de una de ellas —dijo Corley.

Humedeció su labio superior pasando la lengua por él. El recuerdo iluminó sus ojos. También miró al pálido disco de la luna, ahora casi velado, y pareció meditar.

—Era... un poco especial —dijo con pesar.

Se quedó en silencio de nuevo. Luego añadió:

—Ahora está en el negocio. La vi bajando por Earl Street una noche con dos tipos con ella en un coche.

—Supongo que eso es culpa tuya —dijo Lenehan.

—Otros la habían rondado antes que yo —dijo Corley filosóficamente.

Esta vez Lenehan estaba inclinado a no creerlo. Movi6 la cabeza de un lado a otro y sonrió.

—Sabes que no puedes engañarme, Corley —dijo.

—¡Honestamente! —dijo Corley—. ¿No me lo dijo ella misma?

Lenehan hizo un gesto trágico.

—¡Traidor vil! —dijo.

Mientras pasaban por las rejas del Trinity College, Lenehan saltó a la carretera y miró el reloj.

—Las ocho y veinte —dijo.

—Tiempo de sobra —dijo Corley—. Ella estará allí, seguro. Siempre la hago esperar un poco.

Lenehan rió en voz baja.

—¡Dios mío, Corley, sabes cómo manejarlas! —dijo.

—Conozco todos sus trucos —confesó Corley.

—Pero dime —dijo Lenehan de nuevo—, ¿estás seguro de que puedes lograrlo? Sabes que es una tarea delicada. Son muy

cautelosas en ese punto. ¿Eh?... ¿Qué?

Sus pequeños ojos brillantes buscaron la cara de su compañero en busca de seguridad. Corley balanceó la cabeza de un lado a otro como para apartar un insecto insistente, y sus cejas se fruncieron.

—Lo lograré —dijo—. Déjame a mí, ¿quieres?

Lenehan no dijo más. No quería irritar el temperamento de su amigo, ser enviado al diablo y que le dijeran que su consejo no era necesario. Se necesitaba un poco de tacto. Pero el ceño de Corley pronto se suavizó de nuevo. Sus pensamientos tomaban otro rumbo.

—Es una buena chica decente —dijo, con aprecio—, eso es lo que es.

Caminaron por Nassau Street y luego giraron hacia Kildare Street. No muy lejos del pórtico del club, un arpista estaba en la carretera, tocando para un pequeño círculo de oyentes. Tocaba las cuerdas distraídamente, mirando rápidamente de vez en cuando al rostro de cada recién llegado y, de vez en cuando, cansinamente también, al cielo. Su arpa, también, sin darse cuenta de que sus coberturas habían caído sobre sus rodillas, parecía cansada tanto de los ojos de los extraños como de las manos de su amo. Una mano tocaba en el bajo la melodía de "Silent, O Moyle", mientras que la

otra mano corría en el agudo tras cada grupo de notas. Las notas de la melodía sonaban profundas y plenas.

Los dos jóvenes caminaron por la calle sin hablar, la música triste siguiéndolos. Cuando llegaron a Stephen's Green, cruzaron la carretera. Aquí el ruido de los tranvías, las luces y la multitud los liberaron de su silencio.

—¡Ahí está! —dijo Corley.

En la esquina de Hume Street, una joven estaba de pie. Llevaba un vestido azul y un sombrero de marinero blanco. Estaba en el borde de la acera, balanceando una sombrilla en una mano. Lenehan se animó.

—Vamos a verla, Corley —dijo.

Corley miró de reojo a su amigo y apareció una sonrisa desagradable en su rostro.

—¿Estás tratando de meterte en mi camino? —preguntó.

—¡Maldita sea! —dijo Lenehan audazmente—, no quiero una presentación. Todo lo que quiero es verla. No me la voy a comer.

—Oh... ¿Verla? —dijo Corley, más amablemente—. Bueno... te diré qué. Iré a hablar con ella y tú puedes pasar.

—¡De acuerdo! —dijo Lenehan.

Corley ya había pasado una pierna sobre las cadenas cuando Lenehan llamó:

—¿Y después? ¿Dónde nos encontramos?

—A las diez y media —respondió Corley, pasando la otra pierna.

—¿Dónde?

—En la esquina de Merrion Street. Volveremos.

—Hazlo bien ahora —dijo Lenehan en despedida.

Corley no respondió. Cruzó la carretera balanceando la cabeza de un lado a otro. Su corpulencia, su paso fácil y el sonido sólido de sus botas tenían algo de conquistador. Se acercó a la joven y, sin saludar, comenzó a conversar con ella de inmediato. Ella balanceaba su sombrilla más rápido y hacía

giros a medias sobre sus talones. Una o dos veces cuando él le hablaba de cerca, ella se reía e inclinaba la cabeza.

Lenehan los observó durante unos minutos. Luego caminó rápidamente al lado de las cadenas a cierta distancia y cruzó la carretera en diagonal. Al acercarse a la esquina de Hume Street, encontró el aire fuertemente perfumado y sus ojos hicieron un rápido y ansioso escrutinio de la apariencia de la joven. Ella llevaba su atuendo de domingo. Su falda de sarga azul estaba sujeta a la cintura por un cinturón de cuero negro. La gran hebilla de plata de su cinturón parecía deprimir el centro de su cuerpo, atrapando la tela ligera de su blusa blanca como una pinza. Llevaba una chaqueta corta negra con botones de nácar y una boa negra deshilachada. Los extremos de su cuello de tul habían sido cuidadosamente desordenados y un gran ramo de flores rojas estaba prendido en su pecho con los tallos hacia arriba. Los ojos de Lenehan notaron con aprobación su cuerpo robusto y musculoso. La salud franca y ruda brillaba en su rostro, en sus mejillas rojas y gordas y en sus descarados ojos azules. Sus rasgos eran bruscos. Tenía fosas nasales anchas, una boca desgarrada que permanecía abierta en una sonrisa contenta y dos dientes frontales prominentes. Al pasar, Lenehan se quitó la gorra y, después de unos diez segundos, Corley devolvió un saludo al aire. Lo hizo levantando la mano vagamente y cambiando pensativamente el ángulo de su sombrero.

Lenehan caminó hasta el Hotel Shelbourne, donde se detuvo y esperó. Después de esperar un poco, los vio venir hacia él y, cuando giraron a la derecha, los siguió, caminando ligeramente en sus zapatos blancos, por un lado de Merrion Square. Mientras caminaba lentamente, sincronizando su paso con el de ellos, observó la cabeza de Corley, que se volvía a cada momento hacia el rostro de la joven como una gran bola girando sobre un pivote. Mantuvo a la pareja a la vista hasta que los vio subir las escaleras del tranvía de Donnybrook; luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Ahora que estaba solo, su rostro parecía más viejo. Su alegría parecía abandonarlo y, al pasar por las rejas del Duke's Lawn, dejó que su mano se deslizara a lo largo de ellas. La melodía que el arpista había tocado comenzó a controlar sus movimientos. Sus pies acolchados suavemente tocaban la melodía mientras sus dedos recorrían una escala de variaciones ociosamente a lo largo de las rejas tras cada grupo de notas.

Caminó sin rumbo por Stephen's Green y luego bajó por Grafton Street. Aunque sus ojos tomaban nota de muchos elementos de la multitud por la que pasaba, lo hacían de manera hosca. Encontraba trivial todo lo que se suponía que debía encantarlo y no respondía a las miradas que lo invitaban a ser audaz. Sabía que tendría que hablar mucho, inventar y divertir, y su cerebro y garganta estaban demasiado secos para tal tarea. El problema de cómo pasar las horas hasta encontrarse nuevamente con Corley le preocupaba un poco. No podía pensar en ninguna otra forma de pasarlas más que seguir caminando. Giró a la izquierda al llegar a la esquina de Rutland Square y se sintió más a gusto en la calle oscura y tranquila, cuyo aspecto sombrío se ajustaba a su estado de ánimo. Finalmente, se detuvo frente a la ventana de una tienda de aspecto pobre sobre la cual estaban impresas en letras blancas las palabras "Bar de Refrescos". En el vidrio de la ventana había dos inscripciones voladoras: "Cerveza de Jengibre" y "Ginger Ale". Un jamón cortado estaba expuesto en un gran plato azul mientras que, cerca, en un plato, yacía un segmento de pudín de ciruela muy claro. Contempló esta comida con seriedad durante algún tiempo y luego, después de mirar cuidadosamente arriba y abajo de la calle, entró rápidamente en la tienda.

Tenía hambre porque, excepto por algunas galletas que había pedido a dos curas renuentes que le trajeran, no había comido nada desde el desayuno. Se sentó en una mesa de madera sin cubrir frente a dos chicas trabajadoras y un mecánico. Una chica desaliñada lo atendió.

—¿Cuánto cuesta un plato de guisantes? —preguntó.

—Tres peniques, señor —dijo la chica.

—Tráigame un plato de guisantes —dijo— y una botella de cerveza de jengibre.

Habló bruscamente para desmentir su aire de gentileza, ya que su entrada había sido seguida por una pausa en la conversación. Su rostro estaba acalorado. Para parecer natural, empujó su gorra hacia atrás en la cabeza y plantó sus codos sobre la mesa. El mecánico y las dos chicas trabajadoras lo examinaron de arriba abajo antes de reanudar su conversación en voz baja. La chica le trajo un plato de guisantes calientes del tendero, sazonados con pimienta y vinagre, un tenedor y su cerveza de jengibre. Comió su comida con avidez y la encontró tan buena que hizo una nota mental de la tienda. Cuando hubo comido todos los guisantes, sorbió su cerveza de jengibre y se

sentó durante algún tiempo pensando en la aventura de Corley. En su imaginación, veía a la pareja de amantes caminando por algún camino oscuro; escuchaba la voz de Corley en profundas galanterías enérgicas y veía nuevamente la sonrisa despectiva de la joven. Esta visión le hizo sentir intensamente su propia pobreza de dinero y de espíritu. Estaba cansado de vagar, de tirar del diablo por la cola, de maquinaciones e intrigas. Cumpliría treinta y un años en noviembre. ¿Nunca conseguiría un

buen trabajo? ¿Nunca tendría un hogar propio? Pensaba en lo agradable que sería tener un fuego cálido junto al cual sentarse y una buena cena a la cual sentarse. Había caminado por las calles bastante tiempo con amigos y con chicas. Sabía lo que valían esos amigos: conocía a las chicas también. La experiencia había amargado su corazón contra el mundo. Pero no toda esperanza lo había abandonado. Se sentía mejor después de haber comido que antes, menos cansado de su vida, menos derrotado en espíritu. Todavía podría establecerse en algún rincón acogedor y vivir feliz si pudiera encontrar a una chica buena y sencilla con un poco de dinero.

Pagó dos peniques y medio a la chica desaliñada y salió de la tienda para comenzar a vagar nuevamente. Fue a Capel Street y caminó hacia el Ayuntamiento. Luego giró hacia Dame Street. En la esquina de George's Street se encontró con dos amigos y se detuvo a conversar con ellos. Estaba contento de poder descansar de tanto caminar. Sus amigos le preguntaron si había visto a Corley y cuál era la última novedad. Respondió que había pasado el día con Corley. Sus amigos hablaron muy poco. Miraron vacíamente a algunas figuras en la multitud y, a veces, hicieron un comentario crítico. Uno dijo que había visto a Mac una hora antes en Westmoreland Street. Ante esto, Lenehan dijo que había estado con Mac la noche anterior en Egan's. El joven que había visto a Mac en Westmoreland Street preguntó si era cierto que Mac había ganado un poco en una partida de billar. Lenehan no lo sabía: dijo que Holohan les había invitado a unas copas en Egan's.

Dejó a sus amigos a las diez menos cuarto y subió por George's Street. Giró a la izquierda en los City Markets y continuó hacia Grafton Street. La multitud de chicas y jóvenes se había reducido y, en su camino por la calle, escuchó a muchos grupos y parejas despidiéndose. Fue hasta el reloj del College of Surgeons: eran las diez en punto. Partió rápidamente por el lado norte de Stephen's Green, apresurándose por temor a que Corley regresara demasiado pronto. Cuando llegó a la esquina de Merrion Street, se colocó

en la sombra de una lámpara, sacó uno de los cigarrillos que había reservado y lo encendió. Se apoyó contra la farola y mantuvo su mirada fija en la parte de la calle de la que esperaba ver regresar a Corley y a la joven.

Su mente se activó de nuevo. Se preguntaba si Corley lo habría logrado. Se preguntaba si ya le habría pedido o si lo dejaría para el final. Sufría todas las angustias y emociones de la situación de su amigo, así como las suyas propias. Pero el recuerdo de la cabeza giratoria de Corley lo calmó un poco: estaba seguro de que Corley lo lograría. De repente, se le ocurrió la idea de que quizás Corley la había llevado a casa por otro camino y lo había dejado plantado. Sus ojos recorrieron la calle: no había señales de ellos. Sin embargo, seguramente había pasado media hora desde que había visto el reloj del College of Surgeons. ¿Haría Corley algo así? Encendió su último cigarrillo y comenzó a fumarlo nerviosamente. Forzaba la vista cada vez que un tranvía se detenía en la esquina lejana de la plaza. Debían haber ido a casa por otro camino. El papel de su cigarrillo se rompió y lo arrojó a la carretera con una maldición.

De repente los vio venir hacia él. Se sobresaltó de alegría y, manteniéndose cerca de su farola, trató de leer el resultado en su caminar. Caminaban rápidamente, la joven dando pasos cortos y rápidos, mientras Corley caminaba a su lado con su largo paso. No parecían estar hablando. Una intuición del resultado lo pinchó como la punta de un instrumento afilado. Sabía que Corley fallaría; sabía que no iba a funcionar.

Giraron por Baggot Street y él los siguió de inmediato, tomando la otra acera. Cuando se detuvieron, él también se detuvo. Hablaron durante unos momentos y luego la joven bajó los escalones hacia el área de una casa. Corley permaneció de pie al borde de la acera, a cierta distancia de los escalones de entrada. Pasaron unos minutos. Luego, la puerta principal se abrió lentamente y con cautela. Una mujer bajó corriendo los escalones delanteros y tosió. Corley se volvió y fue hacia ella. Su amplia figura ocultó la de ella de la vista por unos segundos y luego ella reapareció corriendo por los escalones. La puerta se cerró tras ella y Corley comenzó a caminar rápidamente hacia Stephen's Green.

Lenehan se apresuró en la misma dirección. Cayeron algunas gotas de lluvia ligera. Las tomó como una advertencia y, mirando hacia atrás hacia la casa a la que había entrado la joven para asegurarse de que no lo observa-

ban, cruzó rápidamente la carretera. La ansiedad y su rápida carrera lo hicieron jadear. Gritó:

— ¡Hola, Corley!

Corley volvió la cabeza para ver quién lo llamaba y luego continuó caminando como antes. Lenehan corrió tras él, acomodando el impermeable sobre sus hombros con una mano.

— ¡Hola, Corley! — gritó de nuevo.

Se puso a la altura de su amigo y miró atentamente su rostro. No pudo ver nada.

— ¿Y bien? — dijo — . ¿Funcionó?

Habían llegado a la esquina de Ely Place. Sin responder, Corley giró a la izquierda y subió por la calle lateral. Sus rasgos estaban compuestos en una calma severa. Lenehan siguió el ritmo de su amigo, respirando con dificultad. Estaba desconcertado y una nota de amenaza atravesó su voz.

— ¿No puedes decírmelo? — dijo — . ¿Lo intentaste?

Corley se detuvo en la primera lámpara y miró fijamente hacia adelante. Luego, con un gesto grave, extendió una mano hacia la luz y, sonriendo, la abrió lentamente para que su discípulo pudiera ver. Una pequeña moneda de oro brillaba en la palma.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**